

HEROES BURGALESES

JUAN DE GARAY, CONQUISTADOR Y COLONIZADOR

Se ha conmemorado en el pasado mes de junio el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Buenos Aires por el burgalés Juan de Garay, natural de Villalba de Losa, como está probado por numerosos documentos de absoluta fiabilidad.

Pero la ciudad de Buenos Aires, en realidad, la fundaron sucesivamente dos hombres: uno era andaluz, don Pedro de Mendoza, que la fundó en 1536, y el otro era burgalés, don Juan de Garay, natural de Villalba de Losa, que la repobló el 11 de junio de 1580, y que fue la verdadera y definitiva fundación. El primero la fundó para que fuera grande en la muerte, y el segundo la fundó para que fuera grande en la vida. Y los dos la fundaron con cintarazos de espadas en el aire vibrante, para que su aire tuviera el gracioso esplendor del acero y su gloria tuviera la orgullosa firmeza del puño que asía la espada. Los dos fundadores afirmaron sus pies sobre la tierra y levantaron al cielo la punta de sus espadas para tomar posesión de la tierra y del cielo, como los romanos concebían el dominio del suelo.

De las ruinas de la primera fundación —que no duró más que cinco años— debía surgir, 44 años después, la ciudad definitiva, porque en su tierra fecunda había sido depositada la semilla de la ciudad antigua y de la ciudad moderna. Así nació la ciudad de Santa María de los Buenos Aires: la ciudad recién nacida y muerta y muerta y recién nacida. Era la ciudad que en el sacrificio se ganaba el derecho a la grandeza. Un Buenos Aires renovado por el valor del burgalés Juan de Garay, que es quien mejor sintetiza el esfuerzo colonizador.

Ese esfuerzo con que España se convirtió, a partir del encuentro con América, en «Capital del inmenso mundo hispánico», como ha dicho el Marqués de Lozoya. Porque la colonización romana y la colonización hispá-

nica son los más generosos intentos de unificar un mundo a un alto nivel cultural y espiritual. Roma en España, en Siria, en Inglaterra y en Germania, quiso hacer otras Romas, como España en Méjico, en Perú y en Argentina, deseó fundar otras Españas. Y como ha escrito el venezolano Carlos Rangel, «los diez mil kilómetros que separan al Norte de Méjico del Sur de Chile y Argentina son una distancia geográfica, pero no espiritual». La América Española, a pesar de su inmensidad geográfica y su aparente heterogeneidad, es un conjunto identificable, con rasgos comunes como para que sea útil generalizar sobre él. Esa peculiaridad de la América Hispana procede evidentemente del sello que la dieron sus conquistadores, colonizadores y evangelizadores; y en esta unidad política y espiritual del mundo hispánico, mantenida durante tres siglos en lo que se ha llamado la «Pax Hispánica», jugó un importante papel el burgalés Juan de Garay, al fundar la ciudad de Buenos Aires en 1580, porque este nombre y el del fundador habían de quedar indisolublemente unidos a Villalba de Losa, de la provincia de Burgos, y a Castilla, que en el siglo XVI estuvo sumergida en la aventura, y no sólo en la aventura que suena a hombres a caballo, a hierros y a conquista, sino también a esa otra aventura del espíritu, moldeado por la Lengua castellana, que fue compañera inseparable del Imperio, como dijo Nebrija en la dedicatoria de su Gramática a la Reina Isabel la Grande.

Garay, en efecto, nació en Villalba de Losa, de la provincia de Burgos, el año 1528, y embarcó para América en Sanlúcar de Barrameda el día 3 de noviembre de 1543, a la edad de 15 años, formando parte de la expedición del Virrey del Perú, don Blasco Núñez de Vela, e iba al cuidado de su tío el licenciado don Pedro Ortiz de Zárate, llegando al puerto de Nombre de Dios el día 10 de enero de 1544.

Eran los años de las llamadas «guerras civiles del Perú», en las que sucumbiría Núñez de Vela después de la batalla de «Añaquito», decapitado por orden de Gonzalo Pizarro. Tiempos duros y ásperos, de excepcional forja para un carácter y un destino: el del joven Juan de Garay, quien participó después de la pacificación de Vaca de Castro, en algunas expediciones pobladoras como las de Núñez de Prado y Andrés. Integró la expedición de Nufrio de Chaves que fundó Santa Cruz de la Sierra (26 de enero de 1561) y fue designado Regidor del Cabildo de dicha ciudad, adjudicándosele una encomienda de indios. Hacia 1565 contrajo matrimonio Garay con doña Isabel de Becerra y Mendoza, hija de conquistadores, de cuyo enlace nacieron dos hijas: Jerónima y María; y en 1568 se le encomendó capitanear la gente de regreso de Santa Cruz a la Asunción, comenzando en dicha fecha a destacar su fuerte personalidad. Y en documento escrito por don



FUNDACION DE BUENOS AIRES. — Cuadro del pintor Moreno Carbonero, que se conserva en el Cabildo de Buenos Aires, en el que se representa la fundación de la Ciudad por Juan de Garay, el día 11 de junio de 1580

Felipe de Cáceres el día 18 de diciembre de 1568, se confirmaría el nacimiento de Garay en el Valle de Losa y se le otorgarían poderes para ostentar la Vara Real de Alguacil Mayor en todas las provincias del Plata.

Cinco años más tarde, en 1573, el gobernador Felipe de Cáceres le encomendó, por provisión de 3 de abril, la «fundación de un puerto en San Salvador o Río de San Juan o San Gabriel, que está en el Paraná, en una de las tres dichas partes, donde más conviniere». Y luego de acompañar a la expedición en que el Obispo don Pedro Fernández conducía preso y engrillado a España a Felipe de Cáceres, la carabela de Garay se separó a la altura de la Laguna de los Patos y se internó por el río Quiolazas buscando un lugar adecuado donde establecer la fundación que se le había encomendado. Y el domingo, día 15 de noviembre de 1573, fundó Garay la ciudad de Santa Cruz de la Vera Cruz, iniciando así su fecunda política de «abrir puertas a la tierra», que culminaría con la fundación de Buenos Aires.

Posteriormente, el adelantado del Río de la Plata, don Juan de Torres de Vera y Aragón, designó a su Teniente Gobernador don Juan de Garay, para «poblar en el Puerto de Buenos Aires una ciudad». Y en enero de 1580 se dispuso Garay a acometer esta empresa, saliendo a primeros de febrero una carabela, la San Cristóbal, dos bergantines y algunas balsas, mientras otro grupo expedicionario iba por tierra llevando los ganados. Tras una breve estancia en Santa Fe, continuaron rumbo al Sur, y el 28 de mayo de 1580 se eligió el lugar para el emplazamiento y se levantaron las primeras construcciones. El emplazamiento para la fundación fue elegido por Garay con maravillosa intuición.

La gran visión de Garay al fundar la ciudad de Buenos Aires, se patentiza en la carta que dirigiera a Felipe II Alonso de Vera poco tiempo después de la fundación, en la que decía, «que la repoblación que ahora se hace en este puerto, será la más importante de Indias, por estar cerca de los reinos de Chile y a 70 leguas del Mar del Sur».

Y en la Plaza de Mayo, el día 11 de junio de 1580, se realizó la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires, que se perpetuaría en ininterrumpido progreso y grandeza. Piénsese, a estos efectos, que la ciudad de Buenos Aires, que tenía a principios del siglo XIX, 50.000 habitantes cuenta en la actualidad con más de ocho millones y medio de bonaerenses. El acto solemne de la fundación ha sido representado en un óleo por el pintor malagueño José Moreno Carbonero, que se conserva en la Municipalidad de la ciudad del Plata.

Pero la vida de Garay, como la de los héroes, fue corta. Su fin estaba próximo luego de la fundación de Buenos Aires. Porque habiendo regresado de La Asunción a su fundación en el mes de diciembre de 1583, se dirigió a Santa Fe en un bergantín, llegando a corta distancia del lugar en que estuviera emplazado el «Sancti Spiritus» de Gaboto. Garay bajó a tierra para no dormir a bordo con las incomodidades de una pequeña embarcación. Confiado en el respeto que siempre le habían demostrado los indígenas, no estableció guardas ni centinelas. Y esta imprevisión le fue fatal: los indios atacaron a los dormidos españoles y dieron muerte a Garay y a doce de sus acompañantes y apresaron a otros tantos, entre ellos a un monje franciscano y a la esposa de uno de los soldados de Sotomayor. El resto de la expedición, unos treinta hombres, casi todos heridos, pudieron embarcar en el bergantín y llevar a Santa Fe la dolorosa noticia del trágico fin de su fundador, que tuvo lugar, según auténticos testimonios, en la noche del 20 de marzo de 1583.

Ernesto RUIZ Y G. DE LINARES